

## LOS OJOS: ESPEJO DEL ALMA

8 – 7 - 1993

Es un dicho popular. Vamos a intentar establecer que hay de verdadero o imaginario en esta expresión.

Tal vez llegó a América con los españoles conquistadores, pero si seguimos su huella, vemos que en casi toda Europa y en todos los idiomas hablados en el continente se expresa algo similar. Aparentemente nace en Grecia y es mencionado por Platón en sus “Diálogos”, donde dice en relación a la formación de los seres:

“Los ojos que corresponden al elemento fuego; los párpados que atajan ese fuego y le impiden encontrarse con el fuego exterior, y permiten aspa el descanso del sueño”.

Se dice que mencionaba a los ojos como espejo del alma haciendo referencia a Sócrates, cuyo físico poco agraciado contrastaba con la belleza de su alma.

Pero, en culturas completamente alejadas de la influencia europea, encontramos en sus tradiciones, dichos parecidos.

Así entre los africanos, filipinos, orientales y aún en grupos humanos que habitan zonas tan alejadas i aisladas del mundo como lapones y esquimales.

Indudablemente, desde tiempos remotos el ser humano intuyó que a través de la mirada se podía conocer la naturaleza íntima de la personalidad.

También llama la atención que en los mitos y leyendas encontramos una posibilidad aún más dramática. Y es que además de “ver” el alma a través de los ojos, hay quien creyó que se podía “robar” el alma por el mismo camino.. Y dominar, de alguna forma al ser sobre el cual se actuaba.

Frecuentemente, se hace alusión a la influencia que los dioses tenían sobre los mortales a través de sus ojos. Esto lo encontramos también en diversas tradiciones. Por ejemplo, en una leyenda guaraní, un dios indignado le roba el alma, mirándola a los ojos, a una princesa indígena que no accedía a sus requerimientos amorosos. Como también estos relatos aparecen en leyendas nórdicas y germanas, como en cuentos e historias infantiles tradicionales.

Los griegos de la época arcaica tenían una idea pesimista de los dioses. En un fragmento del poeta Esquilo (500 antes de nuestra era) se afirma que cuando un dios quiere perder a una estirpe empieza por cegar al hombre (refiriéndose a la ceguera del alma) quien bajo el peso de la misma comete un acto contra los dioses y éstos entonces, lo pueden castigar justificadamente.

Aún hoy, la imaginación cinematográfica nos presentó varias películas de este estilo. En una de ellas llamada “De tal palo tal astilla”, valiéndose de un procedimiento mágico oriental se consigue trasmigrar el alma del padre al hijo y viceversa, con el único recurso de mirarse a los ojos. Se crea entonces, una situación muy complicada cuando cada uno de ellos debe desenvolverse en su medio habitual con sus personalidades intercambiadas.

En las religiones vemos también la importancia que se le dio y se le sigue dando a la expresión de los ojos en las imágenes religiosas que adoran los fieles.

En INDIA, la diosa del amor tiene los ojos almendrados y con largas pestañas; el dios de la creación los mantiene abiertos y dulces; mientras que el dios de la destrucción aparece con los ojos oblicuos, entrecerrados y las cejas juntas en señal de ira.

El Buda esmeralda de los tailandeses es un joven esbelto, bello, de ojos almendrados y expresión suave, en cambio el Buda de los chinos es rollizo, sonriente y con ojos que expresan picardía y satisfacción de los sentidos.

En occidente, las religiones cristianas que tienen en sus ritos la exposición de imágenes, las muestran casi siempre con ojos tristes, llorosos, piadosos, con los párpados bajos en señal de sufrimiento y dolor.

En el arte, en fin, en todas las épocas se puso énfasis en la expresión de la mirada con la finalidad de caracterizar el personaje representado.

Concluimos entonces, que los ojos actúan como órganos receptores, es decir, con la capacidad de percibir la luz y la forma de los objetos (ver), pero también como órganos emisores de la particularidad interior de cada persona.

Durante siglos, el mecanismo por el cual los ojos ven fue un misterio.

La más antigua representación de la palabra visión aparece en una tablilla pulida hallada en Kish, ciudad de la Mesopotamia, cercana a Babilonia (actual Irak), con una antigüedad aproximada de 5.500 años. Se trata de una escritura pictográfica sumeria donde aparece la palabra SHEHU que significa visión, y que se formó a partir de dos símbolos: SHE, que significa espiga, y HU, que significa pájaro.

En esa cultura, los signos tenían primero un valor ideográfico y luego fonético. De allí que una espiga y un pájaro juntos ya no representaban esos elementos, sino que adquirirían un significado silábico y representaban la visión.

Desde muy lejos en la historia se expusieron distintas teorías para explicar el proceso por el cual los ojos ven las imágenes.

Demócrito de Abdera, filósofo griego que vivió 400 años AC., desarrolló una curiosa teoría. Según él los ojos emitían una especie de energía a la que llamó "eidola", que se adhería a aquello sobre lo que iba dirigida la mirada, y que al rebotar permitía la percepción de las imágenes.

Platón, en la misma época tuvo una idea similar. Creía que la visión no se debía a la penetración de la luz en los ojos, sino a la salida de partículas procedentes de los ojos que se esparcían sobre los objetos.

Aristóteles habló de los problemas de vista corta y vista larga, 321 años antes de nuestra era. Consideró que la visión se producía por emisión de elementos emanados de los objetos, negando la hipótesis general aceptada en la época que afirmaba que los rayos emanaban del ojo. Sin embargo, sus ideas fueron finalmente aceptadas, 1000 años después.

Hacia el año 970, Al-Hazen (Ibn-al-Haytane) físico y matemático árabe, nacido en Basora, provincia de la actual Irak, estableció que los rayos de luz "partían de los objetos para herir el ojo".

Por otro lado se intentaron las investigaciones anatómicas con Herófilo, 320 años antes de nuestra era.

En la Mesopotamia se encontraron piezas de 5.000 años de antigüedad, pero no se sabe ciertamente si se empleaban como piezas ópticas o de joyería.

En Creta se encontraron dos lentes de 4 dioptrías y 2 centímetros de diámetro con 3.500 años de antigüedad, aunque es posible que no tuvieran una función óptica y se trate de meros adornos.

En Nínive se encontraron las más famosas piezas ópticas antiguas, con una edad aproximada de 2.700 años, que consisten en lentes plano-convexas talladas en cristal de roca.

En China se cree que se usaron gafas hace más de 2.000 años. Confucio, 500 años antes de nuestra era, hablaba de un zapatero que usaba lentes. Pero el

Imperio permaneció aislado por la Gran Muralla y no trascendieron sus conocimientos.

Euclides (280 años AC) es considerado el padre de la óptica.

Si bien para los filósofos el tema de la visión ha sido siempre el favorito para formular especulaciones y teorías, sólo en los últimos siglos se ha transformado en un tema de experiencias científicas metódicas; así mismo, el estudio de la óptica ocular tuvo una lenta evolución.

En el siglo XVII aparecieron dos teorías sobre la naturaleza de la luz con los estudios de Newton y Huygens. El primero, creía que se trataba de series de partículas, mientras el segundo suponía que se trataba de vibraciones producidas por el contacto íntimo de pequeñas esferas elásticas que viajaban a través de un medio omnipresentes llamado “éter”.

Desde entonces comenzaron 300 años de investigaciones que llevaron a conocer la intimidad de los fenómenos de la luz y su aplicación en el descubrimiento de los procesos de la óptica y la visión.

Por otra parte, la biología, la anatomía y la fisiología fueron conociendo los tejidos, las células, el funcionamiento y la función de cada uno de ellos. Hoy en día se han aclarado muchos enigmas, pero también quedan por resolver muchos de ellos.

Comencemos por conocer la función de los ojos como órganos receptores de imágenes, es decir, el proceso de la visión.

El ojo se describe con frecuencia como una cámara fotográfica, y realmente su estructura es muy parecida, aunque, veremos luego que justamente los caracteres de la percepción que establecen la diferencia con una cámara, son los más interesantes.

Cada parte del ojo es una estructura de una gran especialización. La perfección del ojo como instrumento óptico deriva, sin duda, de la importancia de la visión en la lucha por la sobrevivencia.

No sólo todas las partes del ojo son extremadamente ingeniosas, sino incluso, los tejidos están sumamente especializados.

El ojo es semejante a un globo, y por eso se le ha dado el nombre de globo ocular. Su pared exterior es blanca, gruesa, resistente y elástica y no permite el paso de la luz. Esta pared se conoce científicamente como esclerótica o esclera, y popularmente como “blanco del ojo” y se caracteriza por poseer escasos nervios.

En la parte anterior del globo se encuentra un tejido transparente en forma de disco cóncavo convexo denominado córnea, (del griego: keras, keratos = cuerno, duro) a la cual se compara comúnmente con el vidrio de un reloj por la forma de implantarse en la esclerótica, y porque permite ver, gracias a su transparencia, todo lo que está por detrás.

La córnea es peculiar por su falta de riego sanguíneo, aunque es obvio que la presencia de vasos sanguíneos opacos impediría la perfecta transparencia. De allí que recibe los materiales nutritivos y el oxígeno mediante diferentes vías: por difusión del plasma de los vasos sanguíneos periféricos, en menor grado del humor acuoso, que la baña por su cara interna, y por ósmosis a partir de las lágrimas que la cubren externamente.

Otra particularidad es su condición de tejido más sensible del organismo que de acuerdo al antiguo concepto la convierte en protectora de las agresiones. “El dolor es el guardián del hombre”.

Cuando la córnea es sana, transparente y brillante, permite apreciar el color del ojo dado por el iris, que puede estar pigmentado en una amplia gama de colores, además de presentar una textura particular en cada persona, lo que lo convierte en elemento distintivo, que para muchos investigadores representa una forma de identificación semejante a las huellas dactilares.

Su forma circular con varios aros concéntricos que se acentúan con su movimiento constante, le han valido el nombre de iris, por su semejanza con el arco disfrutado en el cielo por refracción de la luz en las gotas de agua.

Examinado con un bio-microscopio se aprecia como una verdadera obra de arte cinético digno del maestro guayanés Jesús Soto, porque el iris jamás está inmóvil, ya que las pequeñas variaciones de luz provocan un constante movimiento de vaivén.

El iris ha sido interesante e inspirador para los poetas, los enamorados y los especialistas en genética, quienes hasta que enunciaron sus leyes se llevaron más de una sorpresa.

Pero también es importante para quienes se ocupan de la función ocular.

Más que el color en sí, que pueden hacerlos atractivos, exóticos o profundos, interesa su opacidad para que actúe como un obstáculo al paso de la luz.

Siguiendo con nuestra comparación. El iris será el diafragma de la cámara fotográfica que graduará con su abertura la entrada de la luz.

La pupila (del griego kore= la niña, porque en ella aparece reflejada la imagen reducida del espectador), cuando el ojo es normal, se ve negra, y a través de ella no es posible observar el interior del ojo, sin aparatos especiales.

Entre la cara posterior de la córnea y el plano del iris y la pupila existe un espacio llamado cámara anterior, ocupada por un líquido cristalino de aspecto similar al agua, por lo que se lo conoce como humor acuoso, que se produce y se absorbe continuamente, por lo que se ha calculado que se renueva cada 4 horas.

La luz que llega del exterior pasa a través de la córnea, del humor acuoso y de la pupila para encontrar en su trayecto la lente del ojo llamada cristalino, lente convexa semejante a una lupa. Tiene fines ópticos y un metabolismo limitadísimo que exige pocos materiales nutritivos, que toma por difusión de los líquidos que lo circundan.

La luz sufre la máxima desviación en la superficie anterior de la córnea. Cuando llega al cristalino se encuentra con una lente que tiene la capacidad de variar su forma, lo que le permite variar su potencia y en consecuencia, acomodar la visión para las diferentes distancias. Recordemos que en la cámara fotográfica se logra el mismo efecto variando la posición de la lente.

El cristalino está formado de capas muy finas que se superponen en una estructura parecida a la de una cebolla. También se encuentra aislado de la circulación sanguínea con el fin de que no se alteren sus propiedades ópticas.

Se mantiene en su sitio gracias a una estructura de finos hilos llamada zónula, que como los rayos del sol, salen de su borde y se insertan en un pequeño músculo circular. Cuando éste se contrae o se relaja, tensa o afloja la zónula variando la convexidad del cristalino, lo que permite los diferentes focos.

Después de atravesar el cristalino, la luz encuentra una cámara posterior, ocupada por un líquido viscoso sumamente transparente, parecido a la clara del huevo, llamado humor vítreo.

Esta cámara posterior tiene la esclerótica como pared, que está recubierta en su interior por una capa esponjosa repleta de vasos sanguíneos y de pigmento oscuro conocida como coroides, por su similitud por el corion embrionario.

La coroides está recubierta por dentro por el tejido nervioso más organizado y especializado del organismo llamado retina, en una forma similar al empapelado de una habitación.

En algunos organismos unicelulares la sensibilidad luminosa es una propiedad que corresponde a toda la célula. En los organismos complejos deja de ser función del organismo entero. El órgano visual en su forma más simple se compone de una célula epitelial capaz de transformar la luz en otra clase de energía apropiada para ser conducida a través de una fibra nerviosa hasta un órgano nervioso central. El ojo humano, en su esencia está constituido según este esquema, elevado a la perfección, pues en él son muchísimas las células y fibras modificadas para esa función. Esta es la parte esencial del ojo con cuya formación comienza el desarrollo embrionario, pues la vesícula óptica es la parte del encéfalo que dará origen a la retina, mientras que las partes restantes se desarrollan más tarde, cumpliendo la función de protección, nutrición u óptica.

La retina es una capa fina de células nerviosas conectadas entre sí conocidas como conos y bastones, por su forma particular. Éstos son sensibles a la luz y por un proceso bioquímico donde interviene la púrpura visual, convierten los estímulos luminosos en ondas eléctricas que constituye el lenguaje del sistema nervioso.

El descubrimiento de estos fotorreceptores tuvo que esperar, por supuesto, a que se inventara el microscopio. Se dice que el primero en describirlos fue Treviranus en 1835, aunque no lo hizo muy exactamente

La retina ha sido descrita como una "excrecencia" del cerebro, como una parte especializada de la superficie cerebral que ha proliferado y se hizo sensible a la luz. Posee vasos sanguíneos mínimos con el fin de mantener la transparencia.

Los conos y bastones están distribuidos en forma irregular, semejante a un piso donde las baldosas negras y blancas no están alternadas sino distribuidas con mayor concentración de las negras en un punto central y mayor densidad de las blancas en la periferia.

Los conos son más abundantes en la zona central de la retina, con la cual el ojo es capaz de ver con nitidez, que permite la lectura y el reconocimiento de los rostros y objetos, además de permitir la visión cromática.

Los bastones son más numerosos en la periferia retiniana, y más sensibles a los cambios de intensidad luminosa. Gracias a ellos se constituye el campo visual que permite caminar y desplazarse con la seguridad de no tropezar. Se dice que "si se pierden los bastones de la retina se pierde el campo visual y es necesario el bastón del ciego para caminar".

Los haces nerviosos que parten de la retina se reúnen en un manojito emergente por la parte posterior del globo conocido como nervio óptico.

Hemos descrito someramente la cámara fotográfica representada por el globo ocular. Expusimos el objeto para impresionar la película, es decir, la imagen llegó a la retina.

Para observar la fotografía tenemos necesidad de revelarla. ¿Cómo realiza este proceso el órgano de la visión?

El estímulo que llega a los fotorreceptores es enviado a través del nervio óptico hacia la zona de la corteza cerebral ubicada en la zona posterior de la cabeza o

zona occipital. La retina envía al cerebro una información codificada en forma de actividad nerviosa o cadenas de impulsos eléctricos, que según sus caracteres y la actividad cerebral que provoca, representa objetos.

Un equipo multidisciplinario de investigadores de la Berkeley (California) entre los que se encuentran biólogos, ingenieros en informática y electrónica, han construido un minichip que trata de imitar la conducción nerviosa de la retina, mediante una red neural de silicio capaz de procesar el billón de informaciones por segundo que la retina biológica registra normalmente. Comenzaron con computadores de gran tamaño, pero la meta es reducir el tamaño a pocos milímetros para que los ciegos puedan tener sensibilidad visual al conectarlo a la corteza cerebral.

Con todo este proceso se obtiene la "fotografía" o la "película de cine o video". Pero los ojos son dos y cada uno tiene un nervio óptico.

Cada globo ocular está ubicado en su cavidad orbitaria y es movilizado por seis músculos, que igual que las riendas de un caballo lo dirigen hacia las distintas direcciones, en forma totalmente coordinada para permitir la visión simultánea.

El movimiento de los ojos es necesario para enfocar los objetos, seguirlos y dirigir la mirada para seleccionar lo que se desea observar; al mismo tiempo que automáticamente se produce con precisión la acomodación del foco para las diferentes distancias.

Las imágenes que proyecta cada ojo separadamente son ligeramente distintas a causa de la separación de 6 o 7 centímetros entre ambos. Esta pequeñísima diferencia de las imágenes permite que, después que el cerebro las funde en una sola, resulta una imagen tridimensional o visión estereoscópica.

Con lo cual obtenemos la "película en tercera dimensión". Pero la representación cerebral de las imágenes es aún más compleja, porque los objetos con mucho más que una serie de estímulos, tienen un pasado y un futuro.

El objeto rebasa el campo de la experiencia y viene a ser una síntesis de conocimientos. Todo lo que necesitan los ojos son unos pocos rasgos, pues el cerebro hace el resto. Incluso ve objetos donde no están. Por ejemplo, caras en unas llamas que crepitan o un rostro en la luna. De esto se valen los caricaturistas o dibujantes de historietas cómicas, quienes con pocos trazos pueden transmitir múltiples ideas.

El artista no ve los objetos solamente con sus ojos, en su percepción hay una elaboración de la imagen. Alguien dijo que el cerebro es más complicado que una estrella y aún más misterioso.

Si con la imaginación atravesamos los ojos y llegamos a los mecanismos cerebrales, paradójicamente, se pueden descubrir secretos tan importantes como los secretos del mundo percibidos por los ojos y el cerebro.

No siempre se pensó que el cerebro guardaba relación con el pensamiento, la memoria o las sensaciones. El mundo antiguo, de las grandes civilizaciones de Egipto y Mesopotamia, hace 5000 años, consideraba al cerebro como un órgano sin interés. El pensamiento y las emociones se localizaban en el estómago, el hígado y la vesícula biliar. Al embalsamar los cadáveres, los egipcios no se molestaban en guardar el cerebro, que se extraía por el orificio nasal izquierdo, mientras conservaban los demás órganos en jarras especiales fabricadas en Canopus, colocadas junto al sarcófago.

El cerebro de un ser muerto está casi exangüe y por ello no parecía el receptáculo apropiado del Espíritu Vital. El activo y pulsátil corazón se

consideraba el asiento de la vida, del ardor y de los sentimientos, diferente al frío, gris y silencioso cerebro, aislado de los demás órganos en su caja ósea. Desde el punto de vista puramente organicista, el cerebro se ha descrito como "la única parte de la materia que conocemos desde adentro", porque en él reside el conocimiento.

El cerebro es un órgano y para que pueda funcionar en su complejidad maravillosa y perfecta necesita de la Energía Vital que es el espíritu.

Los ojos, los nervios ópticos y la corteza cerebral no son más que instrumentos y el espíritu los utiliza y los anima por medio de los vórtices de energía ubicados a nivel del periespíritu.

En el caso de la visión el centro de fuerza espiritual es el disco coronario relacionado directamente con el sistema nervioso central que activa las funciones intelectuales.

Por otra parte, el centro frontal conocido como sexto chakra, donde también se dice que reside el tercer ojo está relacionado con la videncia y la clarividencia.

Dice Kardec: "cuando un médium vidente ve un espíritu no lo ve con los ojos. Él lo puede creer, pero en realidad el alma es la que lo ve y lo que lo prueba es que puede verlo con los ojos cerrados".

Debemos mencionar, aunque someramente, el fenómeno de las alucinaciones (del latín: Hallucinari = error, delirar la mente). Se trata de una especie de sensaciones anómalas que ocurren cuando el sujeto se ha apartado, temporal o permanentemente, del mundo que es normal para todos.

Pueden tomar muchas formas. En ocasiones, duran poco y consisten en destellos, luces danzando y formas vagas; otras veces se ven escenas enteras; y en ocasiones pueden ser negativas y la gente y los objetos parecen desaparecer.

Son frecuentes las alucinaciones colectivas en condiciones extremas, como personas hacinadas, exhaustas y en situación de peligro grave; como también en ambientes monótonos durante un espacio de tiempo tan largo, que ya no sea estimulada por la variedad y riqueza del mundo visual.

Las alucinaciones son frecuentes en enfermedades que alteran el metabolismo de la célula nerviosa y se producen neurotransmisores que modifican la conducción.

Es posible obtenerlas con la administración de drogas como LSD, mescalina o cocaína, ésta con la particularidad de producir imágenes diminutas; así como con la aplicación de electrodos directamente en la corteza cerebral.

Volviendo al tema central de la percepción normal de los objetos concluimos que la energía vital, a través del periespíritu es la que imprime a la mirada la luminosidad, el brillo, la profundidad de unos ojos con vida.

Leemos a Kardec: " En la encarnación, el espíritu conserva su periespíritu, que es el órgano de transmisión de todas las sensaciones. Para las que vienen del exterior, puede decirse que el cuerpo recibe la impresión, el periespíritu la transmite y el espíritu, el ser sensible e inteligente, la siente. Cuando el acto parte de la iniciativa del espíritu, puede decirse que éste quiere, el periespíritu transmite y el cuerpo ejecuta".

Cuando el espíritu se emancipa de la limitación de su organismo, en los ojos la mirada está perdida, sin fijación ni atención, falta la vivacidad, pero no el aspecto de vida.

Esto puede suceder en diferentes estados alterados de conciencia.

En el sueño natural o artificial inducido por drogas. En el sonambulismo espontáneo durante el sueño o en aquel inducido por el magnetismo o hipnosis, cuando el espíritu está usando su facultad de ver y sentir sin auxilio de los órganos materiales. También en vigilia cuando se “sueña despierto”, en una emancipación sencilla y momentánea; o en el éxtasis cuando la emancipación en vigilia es máxima.

En esos estados los ojos miran sin ver y se comprende que el alma está en otra parte y obra bajo su propia influencia fuera del límite de los sentidos.

Algunas personas tienen la capacidad de la doble vista, es decir, ver más allá de los sentidos, gracias a la emancipación del alma en vigilia, lo que imprime una particular característica en la mirada. El estado físico está modificado, existe vaguedad en los ojos, miran sin ver y toda la fisonomía refleja una especie de exaltación.

Similar condición es frecuente encontrarla durante el trance mediúmnico cuando se produce una emancipación del alma con la finalidad de permitir la conexión con el periespíritu del espíritu comunicante.

La expresión de vaguedad o de falta de atención se produce también cuando existe interrupción de la conexión orgánica con el periespíritu por falta de energía nerviosa. Desaparecen todos los signos que expresan vida a través de la mirada. Esto sucede cuando la ceguera es definitiva.

Cuando el espíritu abandona el cuerpo, los ojos se vuelven vidriosos, opacos y vacíos. Se les fue la vida.

Recordemos los versos de Amado Nervo cuando se decía a sí mismo al contemplar los ojos muertos de su Amada Inmóvil:

Nunca volverás a ver  
sus amorosas pupilas  
en tus veladas arder  
como lámparas tranquilas.  
Ya sus miradas tan bellas  
en ti no se posarán.  
Dios puso la noche en ellas  
y llenas de noche están.

Pero también el optimismo de Sully Prudhomme (poeta francés) de una vida después de la muerte cuando decía en su poema “Los ojos”

Azules o negros, ojos amados, ojos bellos  
abiertos a alguna inmensa aurora  
al otro lado de las tumbas  
los ojos que se cierran siguen viendo.

Pero los ojos no están solos, los rodean sus anexos: los párpados, las pestañas, las cejas y los músculos que con sus movimientos le transmitirán expresividad.

El comportamiento ocular es quizás, la forma más sutil del lenguaje corporal. Se trata de un idioma mudo que posee sus propias reglas gramaticales, innatas y adquiridas.

Únicamente aquellos seres que pertenecen a los eslabones superiores de la cadena evolutiva están dotados de esa facultad especial para expresarse visualmente. Sólo humanos y primates saben utilizar los ojos para comunicarse, porque sólo ellos, durante el contacto madre-hijo en la lactancia aprenden a hablarse con la mirada.

Jean Paul Sastre sugirió una vez que “el contacto visual es lo que nos hace directamente concientes de la presencia del otro ser humano con conciencia e intenciones propias”. Al escudriñar el rostro de una persona, sus ojos nos revelarán cómo se siente, qué sabe de nosotros y qué nos quiere transmitir.

Desde la infancia, la cultura nos programa enseñándonos qué hacer con nuestros ojos, cómo utilizar la mirada y cómo descifrar las expresiones ajenas. Percibimos así la alegría, el amor, la ternura, la admiración y también el odio, la envidia, la agresividad y la amenaza. Con los movimientos de los ojos se pueden transmitir actitudes y sentimientos.

La mirada forma parte del vocabulario expresivo con el cual el ser humano revela su vida interior y su propia personalidad. Más aún, en ocasiones los ojos son mensajeros mudos capaces incluso de controlar la conducta del observador e imponer a éste la voluntad propia.

El brillo de los ojos se intensifica con la felicidad, la excitación o la furia. El tamaño de la pupila novaría sólo con la intensidad de la luz, también se ve afectado por sentimientos y sensaciones interiores. El odio, la antipatía, las imágenes, sonidos y gustos desagradables las contraen. Por el contrario, el amor, la felicidad, los sonidos, gustos e imágenes placenteras, automáticamente dilatan las pupilas.

Cuando dos personas se encuentran cara a cara, inmediatamente entran en funcionamiento una serie de movimientos oculares. Son innumerables y poseen matices e interpretaciones diversas. Como ejemplos podemos decir:

Una mirada de reojo es ambigua, puede significar evaluación aprobatoria o reprobatoria.

Bajar la vista puede ser síntoma de cansancio, tristeza o timidez, pero también puede ser un mecanismo de defensa ante un contacto visual muy directo.

El miedo o la angustia, nos abre los ojos desmesuradamente. También los ojos muy abiertos pueden ser una poderosa arma de amenaza o como recurso intimidatorio

Los ojos abiertos pueden irradiar alegría, y los párpados entrecerrados, tristeza.

Una mirada de seducción puede ver reforzada su carga emotiva al bajar los párpados.

Una mirada franca y directa es la señal más clara para expresar que se ha establecido contacto con el interlocutor.

El desinterés se demuestra con una mirada vaga e intranquila.

En fin, hay miradas que por lo penetrantes o fijas pueden producir malestar o desasosiego.

Las posibilidades son numerosas, como múltiples las expresiones de los espíritus.

Citamos nuevamente a Kardec:

“Por su naturaleza fluidita, el periespíritu es expansible, irradia al exterior y forma alrededor del cuerpo una especie de atmósfera, que el pensamiento y la fuerza de voluntad pueden extender más o menos. De aquí se sigue que personas que no están en contacto corporal, pueden estarlo por medio del periespíritu y transmitirse, aún a pesar suyo las impresiones y a veces hasta la intuición de sus pensamientos. La mirada puede ser su medio de comunicación.

El lenguaje de los ojos es innato en el ser humano. Sin embargo, existen diferencias interculturales respecto a la forma de mirar. Algunas civilizaciones

fomentan el contacto visual. Por ejemplo, los árabes se acercan mucho y miran atentamente a los ojos del interlocutor, para conversar. En el extremo opuesto se encuentran los países del Lejano oriente, donde se considera una falta a las reglas de etiqueta, el mirar a otra persona mientras se mantiene una conversación.

Para terminar, debemos mencionar los recursos que las diferentes culturas utilizan para reforzar las características de la mirada valiéndose del maquillaje.

Todos los pueblos del mundo adoptaron diferentes estilos, tanto en su vida diaria como en las representaciones teatrales, en las que usaban, a veces, máscaras para esconder la verdadera personalidad del actor y poder transmitir los sentimientos de los personajes, haciéndose énfasis en los ojos y en la boca, favoreciendo la identificación de los mismos por parte del público.

Por otra parte, a través de los años, la moda fue imprimiendo, en todo el mundo, un estilo propio de cada época.

No obstante, a pesar de todos los artificios, la expresión del espíritu es muy difícil de ocultar, ni disfrazar. Lo percibimos a través de esas ventanas reveladoras que tiene hacia el exterior: los ojos. Por eso es verdad que son las ventanas o espejos del alma.

Parafraseando al poeta Andrés Bello en su libro "Giraluna", me atrevo a cambiar la palabra niño por la palabra alma en sus versos para afirmar:

Porque basta para que salga la luz de un alma,  
una rendija china o una mirada japonesa.